

CAPÍTULO 9.

GUILLERMO EL TRAPERO Y EL RELOJ DE ÁGATA.



-Buenos días, también –se oyó a su lado. De tal suerte que Mundete giró rápidamente, abrió la boca para contestar el saludo y ¡ay!, el ala del hecho, flotando lentamente, cayó hasta el suelo. Sin embargo, el pobre Tomas observaba asombrado la contrahecha figura de un viejo cochero que, guiando su coche, se colocó frente a él, con el látigo apretado entre las largas piernas, una de las cuales estaba en una posición extrañamente tiesa. En el hueco de las manos protegía la llama de un cerillo, con el que estaba a punto de encender su pipa.

Tomás buscó su pluma con la mirada. Estaba allí, revuelta por el viento de la mañana, en el polvo de la calle y cerca del hirsuto rocín; éste, meneando la gran cabeza, contemplaba con profundidad el símbolo del vuelo supremo. Mundete recogió, melancólicamente, su reliquia. “Apenas encontrada, ya perdida. ¿Qué le dicen ustedes, dioses, a este emblema? ¿Paralizáis ya ahora el ala, antes de que se hubiera desplegado? Bueno, ve hacia allá y aguarda aquello que te conducirá dignamente.”

Iba a dejar volar la pluma, cuando el cochero tendió la mano, la agarró, y luego metió el cañón de la pluma en la pipa para aflojar el tabaco. –Ésta tienes que regalármela, oyes. Puede servirme para limpiar la pipa -el tipo se levantó la bata y hundió su conquista en una gigantesca bolsa de cuero, de la que afloraron un cepillo usado y una escobetita despedazada. Después miró, con sus pequeños y astutos ojos azules, a su oponente.

-Con seguridad, también piensas que el árbol es la “Taberna de la manzana roja”, de donde te echaron hoy en la noche. Pero, si lo que tú necesitas es un trago, conmigo estarás mejor atendido. ¿Quieres venir?

De momento, Mundete estaba muy sorprendido y, a decir verdad, hasta indignado por el tratamiento tan confianzudo; pero, antes de que pudiera revelar su categoría, se le ocurrió que podía estar ante él una voluntad del destino. Decidió tomarla. –Si hay lugar –dijo-, con mucho gusto.

-¡Entonces, nomás súbete! Lugar hay, yo voy a Griesbach a recoger trapos y puedo, además, llevar a alguien; sale todo junto.

Tomás estaba ya con una pierna sobre la rueda. La nueva osadía, sin embargo, alteró su paciencia. -¿Por quién me ha tomado? –preguntó con aire de grandeza.

-Sí, sí, no se haga el interesante. No está ni siquiera limpio. Unos pantalones como éstos estarían mejor atrás en mi saco de trapero que mostrando sus bellas piernas, y la cara que pone; primero debería lavársela, antes que estar aquí remediando amabilidades con groserías y echadas. ¡Y para abajo con la pierna, si no... -Levantó amenazadoramente el látigo.

Advertido con esa energía, el señor Mundete examinó su ser exterior, por primera vez desde su transformación. Realmente, tenía el aspecto de un auténtico vagabundo. Traía su vestimenta de cacería, que en algunos combates se había devastado mucho, a causa del ácido sulfídrico y el petróleo. A mayor abundamiento, los barrotes de Ágata habían rasgado un gran triángulo en su pierna deteriorada. Se veía bastante mal, eso tenía que ser verdad; y aunque su rostro presentaba algunas sombras más claras que sus manos, estaba por supuesto sucio. Se calmó rápidamente, le alargó la mano llena de grasa al pepenador y se rio.

-Tienes razón, hermano –dijo-. Soy un auténtico mugroso y te pertenezco. También estoy cansado, así que llévame contigo; recibirás algo en recompensa por ello –se buscó algo en las bolsas de los pantalones, pero no encontró nada más que el ser y el devenir y su reloj de oro, que como de costumbre traía sin cadena. Esta pobreza total lo asustó y, de repente, sintió la urgente necesidad de ir, tan rápido como fuera posible, al centro de la ciudad, allí con su banquero y amigo sacaría dinero. La carreta del trapero lo tenía que llevar hasta allá. Ésa era una cuestión decidida.

Sacó el reloj y dijo: -¿Ves? Aquí tengo algo, que bien vale por el viaje, ¿no es cierto? En Griesbach lo empeño, y si tú me llevas hasta allá, recibes tu parte.

El trapero hizo un guiño con el ojo derecho y silbó con la lengua entre los dientes. –Pa’riba –dijo-, estoy de acuerdo.

Ambos tomaron su lugar, uno junto al otro, y el carruaje se puso en marcha. Desde que hizo su aparición el reloj, el trapero sentía una notable y creciente amistad hacia su camarada. -Vamos poniéndonos cómodos –dijo. Del fondo de su bolsa de cuero extrajo el prometido aguardiente, además un pedazo de pan y un salchichón, y los compartió fraternalmente con Tomás.

Éste, satisfecho de haber aplacado, al mismo tiempo, su hambre y su anhelo por conocer la visión del mundo de un pepenador, sentado sobre un saco viejo, dejó bambolear las piernas sobre la pértiga y, honradamente, empinó el codo. Se sentía tan contento, como si nunca hubiera conocido otra cosa que esta apacible vida de vagabundo. Pronto se esfumó el salchichón. Sin embargo, antes de introducirse la última mordida de pan en la boca, Tomás se detuvo pensativo.

-¡Cuán poco necesita el hombre! –dijo-, ¡qué feliz es cuando no posee nada! Créeme, amigo: lo peor que le puede ocurrir al hombre es decir que algo le pertenece. Donde el oro penetra por el portón, allí detrás se arrastra la pena y entra por el ojo de la cerradura. Regalar lo que posees, ésa es la más profunda sabiduría de la vida. Por cierto, uno tiene que cubrir su desnudez y darle algo de quehacer al estómago. Con todo, basta con un pantalón raído, y tengo que decir que este pedazo de pan me ha sabido tan bueno como...

-Como un cordero rechoncho –lo interrumpió el cochero-. Pero este aguardiente no está como para despreciarse, ¡tómalo, viejo! –y le pasó la botella al orador.

Tomás no se dejó sacar de su humor festivo; apoyando ambas manos en las rodillas –en una tenía la corteza de pan, en la otra el aguardiente-, estaba allí sentado, contemplando el panorama con seriedad. -En tales momentos –continuó- siento toda la verdad de la enseñanza divina: Bienaventurados los pobres. Sí, cuando considero el sentimiento de felicidad que me atraviesa como una corriente, aquí en medio de estos trapos que la gente arroja, sin cuidado, a la basura; así, agradezco al cielo que me haya traído a esto. Hace un rato, allí en tu espléndida bolsa, la cual me parece ahora la fuente de todo conocimiento humano, vi un cepillo. ¡Qué altero de preocupaciones está contenido apenas en un instrumento tan simple! Existen personas que se pasan la vida como armadores de cepillos o como obreros en cualquier fábrica, pegando cerdas sobre madera, sólo para que se pueda untar grasa en las botas. Yo te pregunto: ¿para eso creó el buen Dios a las gentes, para que día a día no piensen en otra cosa y no sientan otra cosa que cerdas de cepillo? Toma por ejemplo todas las maldiciones que los elegantes señores lanzan contra el cielo, porque el criado no les lustró las botas impecablemente. Piensa en las desavenencias matrimoniales, que desde temprano en la mañana alteran la serena paz de la alegría hogareña, porque la criada no trajo a tiempo el calzado. Observa a las damas en la calle, con qué esmero rodean los charcos para que ninguna mancha alcance sus zapatillas. Con la mitad de ese esfuerzo, dirigido hacia nobles metas, una de esas señoras podría educar a una generación para la que nada sería imposible. Sólo considera qué bagaje se necesita para tener zapatos realmente limpios. El que tiene ese deseo requiere poseer coche y caballos, un cochero le hace falta, y donde hay un cochero también está una cocinera y una recamarera; y así, pronto se da lo más importante de la vida a los mejores: lo que se debe comer para que la cocinera esté ocupada; cómo acostumar a la sirvienta a acomodar distinguidamente las tazas y cómo se puede proteger la fina porcelana de sus manos criminales. La mirada de la madre, que es el alma del niño, vuela a todos los rincones en busca de polvo; el ojo del padre, que debería adelantarse iluminando a los niños, acecha codicioso la oportunidad de conseguir ganancias. ¿Por qué? Porque hay en el mundo cepillos para los zapatos. ¿No resulta mucho mejor traerlos como nosotros, tú y yo, los traemos, nosotros con nuestras botas puercas? El cepillo debe estar en el montón

de la basura. Allí apenas está su lugar. Créeme, la mayor desgracia para el hombre es la propiedad -se detuvo y se metió la corteza de pan en la boca.

El trapero se le acercó. -Si te resulta tan malo poseer algo, podrías darme tu reloj.

Tomás giró el rostro hacia él. -No -dijo calmadamente-, lo necesito. ¡Pero no me molestes! Antes, yo no entendía la frase: la propiedad es robo; hasta la encontraba risible. Ahora, sin embargo, la comprendo. Sí señor, es robo, robo de los bienes del prójimo; de las buenas almas de las gentes; de lo verdaderamente divino; de las elevadas empresas para las que todos nacimos. Sí, aún más. La propiedad es robo, eso está claro; lo otro, sin embargo es verdadera y extensamente más importante: a aquel que tiene dinero, se le tiene que quitar. Sólo así se le libera de una carga, de la angustia y de la preocupación; se le hace un hombre de verdad, como Dios lo ha querido. Sí, en este sentido puede decirse: el robo es una obligación de toda persona decente.

De nuevo, el cochero azul se removió en el asiento. -¿De dónde sacaste, por cierto, el reloj? -preguntó.

-¿El reloj? Es mío. Es un regalo de mi hermana. La buena Ágata -Tomás se buscó en la bolsa, sacó el reloj y lo contempló con ternura.

Su nuevo amigo alargó la mano en esa dirección. -¡Enséñamelo! -dijo. Tomás se lo acercó, pero sin soltarlo.

-Bien vale sus trescientos marcos -dijo el hombre de la bata y le dio unos golpecitos con los dedos.

Tomás sintió desagradable este contacto. Se embolsó otra vez el reloj, con un movimiento de asco.

-Puede ser -dijo-, pero estoy cansado. Aquí atrás hay lugar para descansar. Despiértame cuando lleguemos a la ciudad -se levantó y se estiró a lo largo en el coche.

Durante largo rato, el cochero miró fijamente hacia el frente. Repentinamente, le dio un golpe al caballo, escupió y se dirigió a su huésped. -Si empeñas ese reloj, ¿qué me vas a dar? -preguntó.

Tomás observó el cielo. Se sentía bien y dijo plácidamente:

-Pues, uno o dos talentos, eso no depende de mí -luego, cerró los ojos y se durmió.

El cochero nuevamente se quedó inmóvil, viendo entre las orejas del caballo, luego escupió otra vez y murmuró: -Si lo hubieras repartido por igual, estaríamos a mano. Pero así... Justicia, sigue tu camino.

Volver a publicaciones de Georg Groddeck